



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 3 de septiembre de 1989

«Cor Iesu, pax et reconciliatio nostra».

«Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra, ten piedad de nosotros».

1. Queridos hermanos y hermanas:

Rezando con fe esta hermosa invocación de las letanías del Sagrado Corazón, un sentimiento de confianza y de seguridad se difunde en nuestro espíritu: Jesús es de verdad nuestra paz, nuestra suprema reconciliación.

Jesús es nuestra paz. Es bien conocido el significado bíblico del término "paz": indica, en síntesis, la suma de los bienes que Jesús, el Mesías, ha traído a los hombres. Por esto, el don de la paz marca el inicio de su misión sobre la tierra, acompaña su desarrollo y constituye su coronamiento. "Paz" cantan los ángeles junto al pesebre del recién nacido "Príncipe de la Paz" (cf. *Lc 2, 14; Is 9, 5*). "Paz" es el deseo que brota del Corazón de Cristo, conmovido ante la miseria del hombre enfermo en el cuerpo (cf. *Lc 8, 48*) o en el espíritu (cf. *Lc 7, 50*). "Paz" es el saludo luminoso del Resucitado a sus discípulos (cf. *Lc 24, 36; Jn 20, 19. 26*), que Él, en el momento de dejar esta tierra, confía a la acción del Espíritu, manantial de "amor, alegría, paz" (*Ga 5, 22*).

2. *Jesús es, al mismo tiempo, nuestra reconciliación.* Como consecuencia del pecado se produjo una profunda y misteriosa fractura entre Dios, el Creador, y el hombre, su creatura. Toda la historia de la salvación no es más que la narración admirable de las intervenciones de Dios en favor del hombre a fin de que éste, en la libertad y en el amor, vuelva a Él; a fin de que a la situación de fractura suceda una situación de reconciliación y de amistad, de comunión y de paz.

En el Corazón de Cristo, lleno de amor hacia el Padre y hacia los hombres, sus hermanos, tuvo lugar la perfecta reconciliación entre el cielo y la tierra: "Fuimos reconciliados con Dios –dice el Apóstol– por la muerte de su Hijo" (*Rm 5, 10*).

Quien quiera hacer la experiencia de la reconciliación y de la paz, debe acoger la invitación del Señor y acudir a Él (cf. *Mt 11, 28*). En su Corazón encontrará paz y descanso; allí, su duda se transformará en certidumbre; el ansia, en quietud; la tristeza, en gozo; la turbación, en serenidad. Allí encontrará alivio al dolor, valor para superar el miedo, generosidad para no rendirse al envilecimiento y para volver a tomar el camino de la esperanza.

3. *El Corazón de la Madre* es en todo semejante al Corazón del Hijo. También la Bienaventurada Virgen es para la Iglesia una presencia de paz y de reconciliación: ¿No es Ella quien, por medio del ángel Gabriel, recibió el mayor mensaje de reconciliación y de paz que Dios haya jamás enviado al género humano? (cf. *Lc 1, 26-38*).

María dio a luz a Aquel que es nuestra reconciliación; Ella estaba al pie de la cruz cuando, en la sangre del Hijo Dios reconcilió "con Él todas las cosas" (*Col 1, 20*); ahora, glorificada en el cielo tiene –como recuerda una plegaria litúrgica– "un corazón lleno de misericordia hacia los pecadores, que, volviendo la mirada a su caridad materna, en Ella se refugian e imploran el perdón" de Dios (cf. *Misal, Prefacio De Beata Maria Virgine*).

Que María, Reina de la Paz, nos obtenga de Cristo el don mesiánico de la paz y la gracia de la reconciliación, plena y perenne, con Dios y con los hermanos. Por esto la imploramos.

Después del Ángelus

Me es grato saludaros, amadísimos hermanos y hermanas, llegados de América Latina y de España, para participar en esta filial plegaria dedicada a Nuestra Señora.

Este mes de septiembre, después de la pausa estival, significa para la mayoría la vuelta al trabajo o a las actividades normales. Actúad en todo momento, siguiendo la enseñanza de Cristo, *con humildad*: virtud verdaderamente valiosa a los ojos de Dios. De corazón os imparto mi Bendición Apostólica, que extendiendo a vuestros seres queridos y a cuantos se han unido a nosotros a través de la radio o la televisión.